

Notas sobre otras notas y el socialismo del futuro

Juan Valdés Paz

Estas líneas han sido motivadas por la lectura de dos interesantes textos recientes: la entrevista al colega Aurelio Alonso, publicada bajo el título «Menos miedo a que la gente haga dinero», y el de la joven intelectual Camila Piñeiro, titulado «El socialismo requiere la solidaridad y esta no se construye apelando al egoísmo». Este último texto parecería una respuesta implícita al primero y a otros textos afines. Pero lo más relevante que hallo en los dos es su contribución a un debate tan necesario como urgente y, sin embargo, siempre acotado, siempre pospuesto, y nunca suficientemente asumido. Estas notas no tienen el propósito de extenderse sobre los temas tratados por estos autores, todos ellos medulares e imprescindibles, sino contribuir a diseñar la agenda de ese debate en ciernes.

Antes de identificar algunos de los temas necesarios en una agenda de debate sobre el socialismo en general y el cubano en particular, me parece necesario detenerme en algunas cuestiones de método que, en mi opinión, deberían ser tenidas en cuenta en un debate orientado hacia algún tipo de consenso.

El debate, sus interlocutores y los respectivos discursos deben asumir un nivel de abstracción semejante, so pena de que unos u otros se refieran a universos diferentes. Este es el caso cuando unos se refieren a la formación social y otros hablan de sociedades históricas; o unos tratan de la sociedad y otros de un subsistema dentro de ella; o unos aluden a la cualidad socialista del largo proceso de transición y otros a estrategias de corto, mediano o largo plazo.

También debe tenerse en cuenta el tiempo histórico en el cual se enmarca el debate. Una cosa es discutir sobre «metas finales», asunto tan lícito como necesario, y otra hacerlo sobre metas previsibles. Las primeras suelen formar parte de ciertas filosofías políticas mediante las cuales se critican las sociedades históricas y se proponen otras mejores, como es el caso del marxismo, el anarquismo y las innumerables utopías. Las «metas previsibles» forman parte de estrategias, programas o políticas en curso; suelen presentar alternativas y propuestas de cambios, persiguiendo las mismas «metas finales». Como quiera que tales metas tienen que dar cuenta de las «condiciones históricas concretas», la interpretación de esas condiciones se vuelve una cuestión central en el debate.

Paradójicamente, hay más acuerdo sobre qué cosa sea el comunismo, cuestión de filosofía política, que sobre qué es el socialismo. Los propios términos de «período de transición», «transición socialista», «construcción socialista», etc., dan cuenta de diferencias de interpretación que distan de ser puramente semánticas. Suele ocurrir que los interlocutores empleen el mismo término con connotaciones diferentes. De hecho, y como ha dicho el filósofo español Francisco Fernández Buey, es más fácil definir el socialismo por lo que no es, que por lo que es. No obstante, parece válida la fórmula marxista de concebir el socialismo como una transición hacia el autogobierno y la autogestión.

Aun cuando los interlocutores parezcan estar de acuerdo con el sentido de un mismo término como el de «socialismo», uno u otro de ellos puede enfatizar contenidos diferentes. Así, unos ponen el énfasis en las «relaciones sociales», otros en las instituciones socialistas, otros más en las «premisas materiales», etcétera.

La aspiración a una sociedad superior está basada en la crítica de las sociedades realmente existentes y en «valores humanistas». En ellos se fundamentan las metas

finales y sirven de orientación a nuestra práctica histórica, a nuestras transformaciones sociales. Pero esta orientación no determina por sí sola el rumbo de los procesos reales, los que son influidos por toda clase de condiciones, circunstancias y conductas de los actores sociales. El decursar de estos se representa mejor por una línea quebrada y un zigzag, que por una recta y una vía sin recodos. Cuando se discute sobre las estrategias políticas, hay que partir del escenario real sobre el cual se debate, aunque se compartan iguales ideales.

Cuando se debate sobre sociedades históricas hay que retener una visión de «totalidad» o de conjunto —y esto es lo propio del marxismo—, no solo para dar cuenta de la interrelación entre todos los fenómenos sociales, sino para prever que toda propuesta de cambio tendrá una obligada repercusión, favorable o desfavorable, en otra esfera del sistema social. En este sentido, ningún debate estará nunca concluido, pues siempre faltarán datos y dimensiones de la realidad que considerar.

Si el debate fuera sobre una sociedad «realmente existente», además de esa visión de totalidad y del imprescindible conocimiento sobre el «estado de la cuestión», se hace necesario reconocer, e incluir en nuestros juicios y propuestas, toda la diversidad de esa sociedad, en cuanto a subsistemas, instituciones, sujetos, actores, conductas, culturas, intereses, etc. Una estrategia socialista no puede ser solo de «trabajadores» o «campesina» o «productiva» o «solidaria». Tampoco debe suponer que todos estos factores pueden ser «armonizados» o que todas las contradicciones de intereses pueden ser resueltas; incluso pretender que todas las metas puedan ser alcanzadas a la par. Consecuentemente, en la sociedad real solemos discutir más sobre prioridades políticas y sociales que sobre su diagnóstico o las propuestas mismas.

Un término más antiguo, pero tan difuso como el de socialismo, es el de «democracia». Este concepto parece cambiar de contenido de acuerdo con la filosofía política en la cual se inscribe, de manera que no disponemos de nada parecido a una definición unívoca del término, ni siquiera a los fines prácticos del debate. Consecuentemente, todos los demás términos que suelen acompañar al de «democracia», como sus distintos apellidos o sus filiales —«participación», «autogestión», «desarrollo ciudadano», «derechos humanos», etc.—, necesitan ser explicitados para poder alcanzar cierto entendimiento.

Por otra parte, las más de ciento cuarenta definiciones recogidas por la UNESCO del término democracia, admiten toda clase de clasificaciones en las cuales se implican los más disímiles criterios. En el discurso socialista, suele predominar una definición «sustantiva» de democracia que tiene por base la libertad, la igualdad y la participación de las personas. No obstante, y si bien hay aspectos institucionales y procesales inseparables de la democracia, esta es para los revolucionarios de todas las épocas una cualidad que debe estar presente en todas las dimensiones de la sociedad. Pretender un orden económico democrático sin democracia política es tan inane como a la inversa; querer un orden político democrático sin democracia cultural, vale lo mismo, etcétera. Cuando el debate sea sobre la «sociedad cubana», el «socialismo cubano» o la «historia de la Revolución cubana», deberá tomar nota de las inmensas dificultades que entraña objetiva y subjetivamente dicho examen. La inmediatez de nuestra sociedad, nuestra experiencia personal, nuestra condición de «observador participante» y otras supuestas ventajas, suelen ser engañosas. Para este debate carecemos de suficientes conocimientos e información sobre la sociedad cubana; el socialismo cubano —por extensión, el socialismo— aparece equiparado a las transformaciones promovidas por la Revolución, y este proceso está muy lejos de haber sido estudiado sobre bases científicas o, al menos, de suficiente objetividad. Ello no quiere decir que no sea posible el debate, sino que los interlocutores deben ser moderados en sus posiciones y afirmaciones. Tampoco

se equiparan los que discuten desde posiciones de compromiso con los detractores de la Revolución, pero no hay que olvidar que «la verdad es la verdad, la diga Agamenón o su porquero».

La preeminencia de lo político

Aunque podría afirmarse que siempre y en toda sociedad lo político es preeminente, preferimos guardar esta afirmación para las sociedades surgidas de procesos revolucionarios o en transición, y particularmente para aquellas en «transición al socialismo». En estas, las instituciones políticas, los actores y las estrategias políticas han sido y son no solo preeminentes, sino dominantes.

Esto es también observable en el caso cubano, en el cual esta preeminencia ha estado reforzada por las prioridades de la defensa, por un largo y exitoso liderazgo histórico, y por las concepciones estatistas de los dirigentes.

Toda propuesta de democratización en alguna otra esfera de la sociedad que no parta de un mayor desarrollo democrático del sistema político carece de consistencia. ¿Se puede pensar en una economía participativa en un sistema político altamente centralizado, autoritario, burocratizado y de baja participación política?

Por otro lado, es oportuno recordar que la participación política, o en cualquier otra esfera social, es en definitiva una participación en el poder y, entre sus distintos momentos, en el de las decisiones. El pueblo o los ciudadanos participan plenamente cuando lo hacen en la toma de decisiones.

En este sentido, la mención por Camila Piñeiro del tema político en una discusión sobre economía y el de Aurelio Alonso tratando sobre las limitaciones de los poderes locales, contribuyen a la agenda de un debate relevante.

La economía política del socialismo

Los textos de referencia han vuelto a traer a colación, quizás sin proponérselo, el tema de «plan o mercado», de permanente debate en el pensamiento y la práctica socialista, pero muy lejos de estar agotado. Dejando a un lado las posiciones que aspiren absurdamente, como dijera Franz Hinkelammert, a un «mercado total» o un «plan total», las distintas argumentaciones se han movido desde la concepción de un plan con mínimo mercado, a uno complementado con el mercado, pasando por distintos grados de uno y del otro.

Por otra parte esta no es, desde hace mucho tiempo, una discusión teórica. Todos los socialismos emplearon una u otra de estas variantes con disímiles resultados. Pero la discusión de la efectividad de esas experiencias nunca pudo ser reducida a lo «económico», ni siquiera al sistema económico de estos socialismos de Estado. Vale decir que, además, no contamos con experiencias de otros posibles socialismos, cosa que explica en parte que la discusión de marras no haya tenido conclusiones.

Estos debates que en el discurso aparecen como «plan», «relaciones mercantiles» o «mercado», «Estado» y «población» o «trabajadores», en las sociedades del socialismo real han sido: un cierto plan, resultante de un cierto proceso de planificación; distintos mercados, en diversos grados segmentados y regulados; un Estado altamente centralizado y burocratizado; una población homogeneizada por distintas vías y con una baja participación en las decisiones; etc. Todos ellos fuertemente conformados desde el sistema político. Es decir, que la visión sociológica de estas «instituciones económicas» del socialismo real suelen parecerse muy poco a sus referentes discursivos.

El socialismo de Estado cubano parecería ser una experiencia límite a este respecto: una planificación y un plan altamente politizados; el sistema económico con menor presencia y peso de las relaciones monetario-mercantiles y, por ende, de más mediaciones burocráticas; una prioridad absoluta concedida a los bienes públicos y por tanto a la política social; una economía altamente estatizada; un subconsumo

políticamente legitimado; etc. De esta manera, cualquier discusión sobre el papel del plan y/o el mercado en el contexto cubano, ha de ser analizada en este contexto. En un plano más general, diríamos que tal como en las sociedades modernas el mercado asigna recursos escasos, el plan también es un medio de asignación de recursos escasos. El primero lo hace mediante un incremento de la desigualdad y el segundo de la igualdad; pero sin que ni uno ni el otro puedan obviar establecer prioridades. La democratización del mercado, su regulación y control, así como la del plan, con una planificación participativa, no pueden evitar tener que establecer prioridades. En este sentido, el reclamo de Camila de una planificación democrática puede entenderse como la posibilidad real de los productores directos, o de los ciudadanos, de influir en la determinación de tales prioridades. Como gran parte de esa influencia tendría que ser ejercida mediante la representación, esta terminaría en un gobierno nacional que agregue las propuestas y defina las prioridades con un máximo de información. De lo anterior se desprende que tanto el mercado como el plan, con sus obvias diferencias, tendrán que funcionar bajo una dirección estatal y bajo un cierto grado de dirección centralizada. Ello nos devuelve a lo político, matriz de la reproducción social, pues de lo que se trata, en última instancia, es de cuánto poder estará en manos de la población para controlar a su Estado, a sus agentes y a las prioridades, ya sean impuestas por el mercado o contenidas en el Plan.

Por último, queremos observar que la pretensión de «superar» al mercado y al plan centralizado no se refiere tanto a una tercera alternativa, aunque esta sea posible, como a una solución que contenga las cualidades y ventajas de esas dos instituciones económicas.

El debate de los incentivos

Un debate sobre los incentivos en el socialismo que no parta de la perspectiva de la totalidad social, será siempre insuficiente. Más bien, lo propio del socialismo, creación consciente y voluntaria, será hacer transparente el conjunto de factores que inciden en la motivación de los individuos, los grupos y las clases. El estudio y el debate deben esclarecer cuál es el sistema de incentivación vigente y cuál el deseable.

La observación nos dice que los colectivos sociales responden a sistemas de incentivos diversos según los roles, así como que estos implican gratificaciones, pero también sanciones. Estos incentivos no operan sino a posteriori y siempre que se disponga de mecanismos adecuados para que las gratificaciones y las sanciones sean dadas sobre bases objetivas. También esa parecería ser la experiencia cubana.

Como sugiere Aurelio, no se alcanzará la conducta social deseada en una sociedad socialista desequilibrada en sus incentivos, pero estos no pueden ser solamente económicos ni tampoco solo ideológicos y políticos. A su vez, como advierte Camila, la participación puede ser una fuente de incentivos positivos y ningún premio la podría suplantar; sin embargo, ningún incentivo en particular puede reemplazar al conjunto de los incentivos necesarios.

El socialismo del futuro. El debate sobre el futuro del socialismo puede entenderse como una discusión sobre su mayor o menor proximidad a los ideales comunistas, entendidos como una sociedad en la que se realicen los valores de libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres; o una discusión sobre la posible evolución de los socialismos realmente existentes y el surgimiento de nuevas experiencias de sociedades no capitalistas. El primer caso nos lleva a un examen de los condicionamientos históricos de los valores que se persiguen realizar, como es el caso de la solidaridad; y en el segundo, una permanente crítica del orden socialista establecido y sus tendencias, coherente con sus propias metas.

Este examen y esta crítica del socialismo deben distinguir las «entradas» (inputs) al

sistema, de los «salidas» (outputs) y la doble función de un mismo factor, en uno u otro sentido. Por ejemplo, la solidaridad puede ser una «entrada» favorable al desarrollo socialista y también una «salida» del sistema, resultante de su transformación de otras muchas «entradas». En este último sentido, la solidaridad no sería un efecto de sí misma, sino el resultado de una sociedad socialista que la reproduce; si, por condiciones dadas, esa reproducción de conductas solidarias se viera estorbada, esta solo podría alcanzarse mediante cambios o reformas en el sistema del socialismo y no solo en alguno de sus componentes.

No solo la rareté sartreana nos dice que en situaciones de carencias y de desequilibrio social la conducta de los hombres y grupos será poco solidaria, sino que la experiencia del socialismo real y la cubana así lo prueban. No en balde, Marx veía el comunismo ligado a la abundancia. Ello no quiere decir que los factores subjetivos no puedan compensar y hasta resistir estas carencias, cosa que también prueba la experiencia cubana, pero en el largo plazo parece necesario reducir estas carencias o, como dice Aurelio, este «alto contexto de deterioro», en favor de la virtud comunista.

1º de noviembre de 2007